



El sistema de rendición de cuentas mexicano y su interacción con la Archivística

Autor:

Parada, Alejandro E.

Revista:

Información, Cultura y Sociedad

2014, vol. 30, 5-11



Artículo



EDITORIAL

POSMODERNISMO Y BIBLIOTECOLOGÍA

[POSTMODERNISM AND LIBRARIANSHIP]

La Bibliotecología/Ciencia de la Información no puede sustraerse al “giro cultural”¹ de la modernidad tardía o posmodernismo que nos pauta y reconfigura constantemente. Nos referimos a una rearticulación que cambia los modos de pensar y las metodologías de investigación en las Humanidades y Ciencias Sociales. Este morar fuera o más allá de la modernidad construye situaciones de otra realidad que resultaba impensada hace unos lustros. Por añadidura, mudan nuestras prácticas y representaciones culturales del libro como objeto simbólico-material y, principalmente, de los lugares (las topografías espaciales) donde se escenifican las producciones escritas: el universo de las bibliotecas. Un mundo que ha pasado de una contundente corporeidad a los ámbitos fragmentarios de la inmaterialidad.

Las definiciones y los estudios sobre posmodernismo son abrumadoras desde las últimas décadas del siglo XX. No obstante, es importante señalar algunas características de este fenómeno en el cual estamos inmersos, pues los procedimientos profesionales de los bibliotecarios se instrumentan con las tecnologías globales de estos nuevos paradigmas de la cultura.

Las particularidades posmodernas, en líneas generales, se afincan en los aspectos siguientes: elaboración de una realidad prototípica del “pastiche”, donde el reciclaje de los estilos migra de la parodia a una marcada estructura basada en fragmentos; culto de la nostalgia como elemento creador de un sentido fundado en la repetición; concienciación deliberada de tendencias “sin historia” (ahistoricidad); vaciamiento de las prácticas políticas de los ciudadanos; transformación del pensamiento lineal (modélico de la cultura impresa) a un pensamiento cuyo relato discursivo se ajusta a los cánones de la publicidad y la instantaneidad de un presente continuo; y la intencionalidad de sustraer de sentido a todas las formas que “conocieron o tuvieron una forma articulada” en la modernidad.

Pero se manifiesta una pregunta inevitable: ¿en qué medida esta repetitiva relectura de los artefactos culturales incide en la Bibliotecología/Ciencia de la Información? Indudablemente, no en todos de sus quehaceres; empero, ese “estilo de época” en el cual vivimos y organizamos nuestro “hacer bibliotecario” está plenamente imbuido de innumerables modos y usos posmodernos. Entre todos ellos es posible reparar, ante todo, en la *parcelación del acceso a la información*, una realidad en la cual estamos todos de acuerdo, ya que en ella habitamos y moramos activamente. Nuestros procedimientos de búsqueda fundados en un isomorfismo de normativas de los registros (paradigmas de la

modernidad), están en proceso de crisis dispersiva y de retóricas fractales. Los criterios taxonómicos y tipológicos de los saberes científicos que se iniciaron durante el Iluminismo, se desarrollaron durante la revolución industrial y culminaron con el modernismo y sus instrumentaciones técnicas de los medios masivos de comunicación, llegaron a su encrucijada final cuando el pensamiento lineal se metamorfoseó en un pensamiento propio de la plasticidad contingente y polimórfica de los actuales procesos de globalización y ausencia territorial.

¿Pero dónde se manifiesta esta relación de pastiche de la posmodernidad en la Bibliotecología? El tema emerge con la impronta de toda su árida urgencia e, inequívocamente, no todos los profesionales pueden estar de acuerdo. El objetivo de un Editorial no es buscar la benevolencia y aceptación de los lectores –aun en una revista especializada– sino alentar el debate, la crítica y la discusión en la esfera de las pasiones humanas. El pastiche (término tomado de las artes visuales) es una copia de estilos individuales del pasado y travestidos como aparente novedad; además, intuye (o propicia) una actitud consciente o inconsciente hacia la copia vacía y la división de sus contenidos. Por supuesto, otros autores podrán definirlo de diferentes maneras y no estarán de acuerdo con algunos de estos conceptos. Las Humanidades y Ciencias Sociales de hoy reproducen, en un gran panóptico simbólico, esta representación de los artificios culturales.

Tal como hemos comentado, en la B/CI actual los procesos de normativas bibliotecarias –por ejemplo, en la construcción de los catálogos– han sufrido este impacto de lo aleatorio y lo diverso. La respuesta profesional, a partir de la implementación de los metadatos, es un intento por avanzar, nuevamente, sobre el control del lenguaje natural y ceñir el azar a un comportamiento “tolerable”. Sin embargo, y esto debería llevarnos a meditar, la diversidad de los catálogos en línea aún está lejos de reproducir el universo controlado de las bibliotecas previo a la revolución electrónica.

¿Esto es un defecto o atraso que impulsa el posmodernismo por su índole desmesurada? No es posible detenerse en este punto, ya que la oscilación entre alto modernismo (algunos sostienen que es un fenómeno que se inició luego de la Segunda Guerra Mundial) y el posmodernismo (cuya inauguración estaría en la década del sesenta del siglo XX) posee, sin duda, sus detractores y sus defensores, tales como Tom Wolfe, Charles Jencks, Manfredo Tafuri, Jean-François Lyotard, entre otros muchos. Pero lo aparentemente cierto (si en la actualidad existe alguna certidumbre) es que el posmodernismo bibliotecológico, en su actual búsqueda de normalización en un mundo donde la dispersión informativa casi ya es ley, está sufriendo, en toda su intensidad, un gran proceso de pérdida de energía, es decir, de comportamiento entrópico debido a la multiplicidad de accesos a la información. En cierto sentido, la alteridad redundante de los otros en los procesos de búsqueda, construyen datos y registros que ya no son usos de gestión típica de los bibliotecarios. A través de esta mediación se han producido en nuestro campo dos tipos de reacciones: los que buscan volver a

fuertes instancias normativas con mentalidades modernistas y los que procuran adaptarse a “la normatividad abierta” de una información ya desmadrada. Acaso los primeros, aunque tienden a situaciones ya pasadas, también poseen un elemento típico de la posmodernidad: la nostalgia por las estructuras jerárquicas de la Bibliotecología del siglo pasado. Y los segundos, plenamente en la posmodernidad, procuran vivir la gestión bibliotecaria desde la tecnología de un presente continuo.

Este panorama plantea un nuevo interrogante: ¿dónde termina la modernidad y dónde comienza la posmodernidad bibliotecológica? La respuesta es polivalente. Como todos sabemos los cambios culturales (y la maleabilidad de los soportes materiales de la información son una prueba de ello) no se presentan en forma categórica. Es decir, muchos elementos de la posmodernidad ya estaban esbozados en la modernidad. Lo que sucede ahora es que esos “esbozos” imperan en nuestra sociedad y cambian nuestros modos de relacionarnos con los objetos de la cultura.

Otro ejemplo de la B/CI como disciplina ambivalente en dos mundos en franca transición, responde a un proceso de larga duración en la Historia del Libro. El universo bibliotecario virtual (catálogos, páginas Web, paquetes electrónicos, repositorios institucionales, etc.), no obstante la presencia innegable de las nuevas tecnologías electrónicas, procura responder a los usuarios con un estructura mental tomada en préstamo de la tipografía lineal de la imprenta; en consecuencia, todavía predominan, en nuestras formas de pensar, las características propias de la esfera de Gutenberg. Esto no carece de lógica en procesos históricos de larga duración: el libro impreso es un dispositivo que imitó al libro manuscrito. Necesitó de un Aldo Manucio para reconfigurar sus aspectos de propia identidad y, en este marco, inaugurar un nuevo lenguaje de “lo impreso”, ahora sí ceñido a lo puramente tipográfico. Acaso esta disciplina que denominamos Bibliotecología/Ciencia de la Información está esperando que aparezca un nuevo Aldo Manucio del libro electrónico para llevar a cabo una reconfiguración total de sus contenidos disciplinares en la posmodernidad.

Pero los tópicos de crisis en la Bibliotecología tardía se visibilizan en sectores inesperados y rotundos: la dimensión mutante de “la espacialidad” esboza una manifestación de este tipo. La abolición de la interacción de la biblioteca como un lugar donde se celebraba el encuentro entre el usuario y la obra, es una figura retórica de la modernidad pasada (esto suele propiciar procesos de creciente nostalgia). La actualidad social reclama espacios móviles, movimientos perpetuos, reorientaciones vertiginosas. El antiguo orden textual (lineal y coordinado por las clasificaciones) que se sustentaban en una topografía gregaria basada en la unicidad recíproca (el colectivismo lector en un sitio llamado biblioteca), ha mudado a múltiples divergencias de encuentros; desde las facetas inmateriales donde predomina una información depredadora del espacio concreto, tal como lo conocimos hasta no hace mucho tiempo, hasta los gregarismos virtuales fundados en el desplazamiento del sujeto en su

individualización. En esta instancia, pues, es notoria la crisis y el agotamiento de la concepción kantiana temporo-espacial. La B/CI ya no puede operar dentro de este vaciamiento del lugar y, por lo tanto, requiere de otra geografía (¿real, virtual, representada?) que le demanda la generación de un objeto de estudio en movimiento continuo. Su *logos* (palabra-conocimiento) del libro ahora yace en una alteridad desconocida: requiere, entonces, de un *logos* impensado.

La “alteración espacial” trae como corolario la reformulación de otro de los fundamentos de nuestra profesión: organizar la información para generar con ella novedosos conocimientos. Y aquí subyace otra paradoja. El mundo moderno está saturado por paquetes de datos y acumulaciones informacionales sin ponderación y valor crítico agregado, donde la estandarización de la comunicación misma gira como bien de consumo homogéneo en la glorificación del capital. Los bibliotecarios del futuro, aquellos que se encuentren en las sinuosidades de un “modernismo completado o casi a término” (este momento puede ser el presente inmediato), deberán desplazar su eje tradicional de instrumentar la gestión en los registros de información por las necesidades que demandará *una comunicación centrada en el diálogo*. Nuestro quehacer, en forma irreductible y casi de supervivencia, debe migrar de la información a la comunicación para, así, intentar una relectura de nuestra identidad en la posmodernidad.

Sabemos, por otra parte, ya que vivimos inmersos en una realidad que se complace y sustenta en la manipulación de nuestros pensamientos, que el posmodernismo puede analizarse como una etapa superior del capitalismo y su globalización económica transnacional. Este desarrollo perentorio de los “medios de producción” a ultranza (sin reflexionar sobre el “costo biológico y natural” que ello demanda), no solo necesita anular los espacios y los contenidos para llenar “de vacío”, precisamente, esos sitios vacantes sino que, además, demanda otras ausencias: la sustracción de la concienciación política e histórica de los individuos. La Bibliotecología actual, subsumida en este mundo pautado por los medios de producción, constituye un ejemplo posmoderno de su falta de interés por las Ciencias Políticas, las construcciones ideológicas y la ausencia de su historia como una génesis articulada. Para intentar la más tenue comprensión de lo que hoy nos acontece en la globalidad se torna indispensable meditar los acontecimientos bibliotecarios inmersos en la dialéctica de la historia y en las concepciones ideológicas. Fuera de las implementaciones políticas, es decir, sustraídas las bibliotecas de sus responsabilidades en la gestión de los bienes culturales simbólicos y corpóreos que administran, la B/CI perderá su conciencia crítica que, al fin de cuenta, forma parte (especialmente, no en un rol menor) de la dinámica de esos medios de producción. El punto clave se centra, en pleno posmodernismo, en cómo concebir los artefactos culturales (libros y sus derivados) dentro de una dinámica de producción original y, lo que es más importante, de creación no repetitiva de modelos ya conocidos en la modernidad. La encrucijada se cierra en un callejón de compleja salida: es necesario crear una disciplina posbibliotecológica más allá de los mandatos del posmodernismo.

Nuestra transición bibliotecaria del modernismo al posmodernismo es similar, salvando las distancias cronológicas y epocales, al escenario que se presentó cuando la oralidad y sus musas comenzaron a escribir en vísperas de la Grecia Clásica². Abandonamos las tradiciones profesionales por nuevas prácticas que ya representan otras maneras de concebir el libro y la lectura. Aún estamos organizando nuestros registros virtuales según los usos y apropiaciones de los discursos del siglo XX. Los usuarios nativos de la posmodernidad están gestando nuevos modos de leer: son tribus sin memoria tipográfica que fundan “emplazamientos lectores complejos” en geografías desconocidas. Las nuevas formas de colonización del lector se alejan de los procedimientos tradicionales de la lectura de hace apenas unas pocas décadas. Los bibliotecarios se enfrentan a un mito platónico que ahora no se dirime en una disputa entre la cultura de la memoria y las limitaciones de la escritura³. El enfrentamiento se despliega, casi inefablemente, entre la civilización escrita y la virtualidad que pugna por instalar un universo paralelo. Las bibliotecas que advienen, nos gusten o no, serán un reflejo cultural de esta nueva tecnología que procura cercenar la materialidad de los libros y sus inmemoriales colecciones impresas que, desde un teatro del mundo diferente, nos saludan en un penúltimo (no último) adiós.

Pero esta sociedad posmoderna (una morada en la cual habita la Bibliotecología) es un paisaje donde todo cambia en un escenario ritual, pero ya sin verdadero cambio posible debido a la imposibilidad de un giro radical: en estas condiciones, pues, “ya nada puede cambiar”⁴. ¿Cómo podemos, entonces, mutar los bibliotecarios? Internet está transformando nuestras formas de reflexionar y nuestros pensamientos virtuales son distintos a los seriales o lineales⁵. Y aunque Marshall McLuhan sea hoy vilipendiado por unos y enaltecido por otros, lo cierto es que sus máximas o aforismos referidos al “mundo eléctrico” de los medios masivos de comunicación en la última mitad del siglo XX, aún poseen una inquietante profecía auto cumplida cuando, por ejemplo, sostenía que “el medio es el masaje”⁶. Nuestros usuarios se mixturán en constelaciones de lecturas inexpugnables y selváticas, donde la intimidación lectora se codea con las “lecturas telegráficas” (a la vez personalizadas y despersonalizadas) en la semántica de las redes sociales y su florecimiento en la Web 2.0. En pleno posmodernismo debemos ir a la búsqueda de estos “usuarios híbridos”⁷ y para ello acaso deberíamos implementar una “Bibliotecología de la hibridación”.

“Toda nueva tecnología necesita de una nueva guerra”⁸. Las finalidades bélicas (nos referimos a la violencia comunicacional del mundo electrónico) se estructuran enmascaradas gracias al flujo de capitales financieros en el mercado global que, ciertamente, carecen de inocencia y altruismos; los simulacros de la información nos llevan a la representación de “estrategias fatales”⁹, donde lo inhumano (la falta de un intercambio biológico cara a cara) nos ausenta como personas. Este punto no alienta una visión fundamentalista o nihilista, pues la B/CI se encuentra en el vórtice mismo de la mistificación informativa y es consciente de esta situación. Su papel en esta “sociedad red”, en la cual el

presente y el futuro solo se pueden analizar bajo el concepto de la comunicación como poder, se sustenta en su necesaria (y también impostergerable) capacidad de formar bibliotecarios que coadyuven “en la construcción independiente de significados”, en aras de una creación libre y en un marco de absoluta libertad como respuesta contestataria de contrapoder a los programadores que manejan el dominio de las interconexiones de redes planetarias¹⁰. La *gestación de estos significados rebeldes* a la sociedad de consumo se manifiesta, especialmente, como una lectura a contrapelo del discurso dominante de los procesos globalizadores que sostienen “una segregación, separación y marginación social progresiva”, pues tal como se lo plantea Zygmunt Bauman, esta globalización trae consigo profundas consecuencias humanas¹¹.

La intencionalidad de este Editorial no es atacar o defender el fenómeno mundial de posmodernidad (u otro ismo conceptual que retrate nuestra vivencia actual). La modernidad tardía conjuga y moldea nuestras vidas con cierta inevitabilidad. La Bibliotecología, como lo marca su larga tradición, opera en el seno mismo de las nuevas tecnologías y en la variación constante de los soportes materiales donde se inscriben las palabras. Los bibliotecarios deben, pues, realizar el esfuerzo (social e ideológico) de comprender esta realidad si desean trascender como profesión. Hemos observado a grandes rasgos que, como todas las disciplinas de las Humanidades y Ciencias Sociales, estamos intervenidos por muchas características de la “cultura posmoderna”, tales como la figura del pastiche en nuestras temáticas bibliotecarias fragmentarias y mezclas de estilos profesionales, o ciertos aspectos nostálgicos por la pérdida de nuestro antiguo don de la normatividad jerárquica y taxonómica, o por las alarmantes dosis de “ahistoricidad” y vaciamiento político de nuestra profesión o como en el caso de los cánones de la publicidad y el videoclip que han influido en el diseño de nuestras páginas web, entre otros muchos ejemplos. Sin embargo, como sostiene Roland Barthes, es imperioso meditar que tendemos a construir nuestras relaciones con las cosas en el ámbito de los mitos, y que estos suelen ser leídos en forma factual cuando, por sobre todo, son sistemas semiológicos que requieren ser desarmados para su comprensión¹². Así esta Bibliotecología de la hibridación, equipada de nuevas instancias de entendimiento virtual, tal vez pueda participar del desafío de hacer a los usuarios-lectores más humanos: más humanos *–tanto dentro como fuera–* de las redes impalpables del posmodernismo.

ALEJANDRO E. PARADA
 Secretario de Redacción
Información, cultura y sociedad

Notas

- ¹ Jameson, Fredric. 2010 [1998]. *El giro cultural: escritos seleccionados sobre posmodernismo. 1983-1998*. Buenos Aires: Manantial.
- ² Havelock, Eric A. 2008 [1992]. *La musa aprende a escribir: reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*. Barcelona, Buenos Aires: Paidós.
- ³ Platón. 2008. *Fedro*. Introducción, traducción y notas de Emilio Lledó. Barcelona: Gredos.
- ⁴ Jameson, Fredric. 2010 [1998]. Op. cit., p. 88.
- ⁵ Carr, Nicholas. 2011. *Superficiales: ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* Buenos Aires: Taurus.
- ⁶ McLuhan, Marshall y Quentin Fiore. 1975 [1967]. *El medio es el masaje: un inventario de efectos*. Buenos Aires: Paidós.
- ⁷ García Canclini, Néstor. 2012 [2001]. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Nueva Ed. Buenos Aires: Paidós.
- ⁸ McLuhan, Marshall; Quentin Fiore y Jerome Agel. 1971. *Guerra y paz en la aldea global*. Barcelona: Ediciones Martínez Paz. p. 106.
- ⁹ Baudrillard, Jean. 1984. *Las estrategias fatales*. Barcelona: Anagrama. p. 198.
- ¹⁰ Castells, Manuel. 2012. *Comunicación y poder*. México: Siglo XXI.
- ¹¹ Bauman, Zygmunt. 1999. *La globalización. Consecuencias humanas*. Buenos Aires, México: Fondo de Cultura Económica. p. 9.
- ¹² Barthes, Roland. 2010 [1957]. *Mitologías*. Buenos Aires: Siglo XXI. p. 224.